LA LITERATURA LATINOAMERICANA A LA LUZ DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Julio Cortázar

Casi todos nosotros tenemos una muy alta idea de la capacidad y los conocimientos de aquellos que practican una profesión o un oficio que no es el nuestro. Cuando subimos a un jet, lo hacemos con la hermosa seguridad de que el piloto sabe para qué sirven los innumerables botones y palancas de su complicadísimo tablero de comando; cuando nos llevan a una sala de operaciones, estamos seguros, a pesar de nuestro miedo, de que el cirujano conoce la exacta posición de cada uno de esos órganos de los cuales nosotros no tenemos la menor idea precisa a pesar de que nos acompañan toda la vida en el gran bolsillo de nuestro cuerpo.

De la misma manera, aquellos que frecuentan la literatura como lectores y beben a grandes tragos el jugo de naranja que nosotros, los escritores, hemos preparado después de escoger, pelar y exprimir las frutas y verter el producto en un vaso de papel y cartón, tienen la tendencia a pensar que disponemos de un perfecto control de nuestros instrumentos, y que las palabras nos obedecen sin resistencia y sin hacernos malas jugadas. Es bueno entonces decir que las cosas no suceden así, y creo que en este momento soy un buen ejemplo de ello. Cuando las autoridades del Barnard College me invitaron a pronunciar esta conferencia (en inglés, además, lo que prueba no solamente su bondad sino su inocencia, y en este momento su paciencia), me pidieron que les adelantara el título, y como yo estaba todavía a muchos meses del momento en que empezaría a pensarla y a escribirla, propuse el que ustedes conocen, es decir el de *Latin American Literature in the Light of Contemporary History*, que me pareció un título bastante general y aceptable para lo que me interesaba decir aquí.

Llegó el día en que me acerqué a la máquina de escribir. Esa misma mañana había tomado parte en una manifestación que, todos los días jueves, se realiza frente a la embajada de la Argentina en París para protestar contra los procedimientos inhumanos de la junta militar que desde años aplasta a mi país y a mi pueblo con un régimen que consiste en liquidar cualquier

oposición, ya sea torturando y matando, ya sea haciendo desaparecer hombres y mujeres, lo que en definitiva equivale a lo mismo. Me habían llegado también noticias de Chile, con arreglo a las cuales un festival cultural de la juventud era calificado de subversivo y terminantemente prohibido. El diario traía asimismo la noticia del asesinato de Monseñor Romero, Arzobispo de El Salvador, noticia que resumía en todo su horror la decisión de la oligarquía salvadoreña de defender por cualquier medio su sistema feudal basado en la explotación de un pueblo miserable sometido desde hace varias décadas a los peores sufrimientos.

En ese momento, al escribir en lo alto de la página el título de esta conferencia, sentí que las palabras me habían traicionado, que la confianza de los lectores en los escritores no se justificaba para nada en muchos casos, y que el verdadero título no era el de mostrar la literatura latinoamericana a la luz sino a la sombra de la historia contemporánea, una sombra que, como en un cielo de tormenta, deja pasar aquí y allá algún rayo luminoso pero que cubre gran parte del cielo y del horizonte de nuestro continente con una espesa, amenazante capa de nubes. Prefiero decir esto de entrada, no como un juego de palabras sino como un ajuste más verdadero y más preciso de lo que quisiera resumir en estos momentos.

Aquí, en los Estados Unidos, se leen cada vez más novelas, cuentos y poemas de autores latinoamericanos contemporáneos, y estas palabras que hace veinte años sólo hubieran sido comprendidas por unos pocos críticos o lectores excepcionales, llegan ahora claramente a considerables masas de estudiantes universitarios y de público en general. Se ha pasado afortunadamente de una etapa en la que nuestros libros se leían aquí como literatura exótica, interesante solamente en la medida en que producía las mismas sensaciones placenteras de un viaje turístico y por lo tanto superficial a regiones tropicales o zonas indígenas, a una nueva etapa en la que nuestra literatura es comprendida cada vez más desde adentro, desde sus raíces auténticas. Ya no se publican, como ocurría hace apenas diez años en grandes diarios y revistas norteamericanas, críticas en las que se deploraba por ejemplo que un Carlos Fuentes hubiera renunciado a escribir novelas típicamente mexicanas, con todo el sabor local y la suficiente dosis de señoritas y sombreros, o que alguien como yo hubiera publicado un libro que transcurría principalmente en París en vez de seguir divirtiendo a los lectores norteamericanos con el pintoresco ambiente de Buenos Aires. Los mismos críticos que parecían ignorar hasta qué punto la generación de los Hemingway, los Scott Fitzgerald y las Gertrude Stein habían creado admirables obras nacionales basándose en sus experiencias europeas, consideraban que los escritores latinoamericanos tenían prácticamente la obligación de no moverse de sus zonas culturales respectivas y seguir produciendo libros estrictamente peruanos, venezolanos o uruguayos.

Todo eso ha sido reemplazado hoy por una visión más amplia y más rica, tanto en Europa como aquí. Actualmente un escritor o un crítico puede hablar de nuestra literatura sin preámbulos ni explicaciones, porque tienen la suficiente certidumbre de que será comprendido por sus oyentes. Por eso y sin temor a crear malentendidos puedo afirmar de entrada que la literatura latinoamericana actual más viva y más fecunda es una literatura que ya no necesita la protección o la etiqueta de lo típico, de lo pintoresco, de lo parroquial en cualquiera de sus formas, sino que posee fuerza y experiencia suficientes para mostrar sus inconfundibles orígenes y raíces sin tener que refugiarse en una temática exclusivamente nacional o regional. Nuestro lenguaje —yo diría nuestros lenguajes, puesto que el gran árbol de la lengua española se abre hoy con múltiples ramas diferentes que sin embargo siguen fieles a su tronco original — , ha logrado una madurez estilística, una riqueza de invención, una variedad de metamorfosis y permutaciones que le permiten abarcar temáticamente los más vastos horizontes sin dejar por ello de ser profundamente latinoamericana. Basta leer sucesivamente una novela de Juan Carlos Onetti, una de Gabriel García Márquez, una de José Lezama Lima y una de Augusto Roa Bastos, por no citar más que unos pocos grandes nombres, para tener la prueba más vertiginosa y concluyente de la apertura y la diversidad literaria en el continente latinoamericano. Pero paralelamente a esos ejemplos mayores, se da el semillero tumultuoso y abigarrado de las nuevas generaciones de cuentistas, poetas y novelistas que multiplican al infinito las variantes, las oposiciones, las bifurcaciones, esa especie de exploración total y fabulosa de nuestra realidad, semejante a la que hace el árbol en el aire, allí donde cada rama y cada hoja está palpando un sector diferente del espacio y recibiendo pájaros de los más diversos cantos y plumajes.

Pues bien, si esta dinámica de la creación literaria en América Latina me parece francamente positiva, basta en cambio echar una mirada al escenario donde se cumple para descubrir que las cosas están lejos de ser tan brillantes. Ya hemos sobrepasado el tiempo en que la historia y la crítica de la literatura tenían solamente en cuenta a los autores y a los libros; hoy sabemos que una literatura no es sólo un producto sino una responsabilidad cultural, y el primero en saberlo es el escritor mismo si merece verdaderamente ese nombre y no el de mero escriba. En los países más desarrollados del mundo esa conciencia de responsabilidad cultural no preocupa en exceso a los escritores, por la simple razón de que cualquiera puede leerlos, por lo menos potencialmente, de donde se sigue que su tarea específica es la de escribir mientras el resto corre por cuenta de editores, libreros y lectores. Incluso en países donde no se lee tanta literatura como en otros, un escritor no tiene por qué plantearse problemas de orden moral o ético puesto que todas las condiciones están virtualmente dadas para que cual-

quiera pueda llegar a ser su lector, a veces por publicidad, a veces por contagio, a veces por el puro azar.

Estas cosas, sin embargo, son tristemente diferentes en el conjunto de América Latina, y creo que si en algo hay que poner hoy el acento cuando se habla de nuestra literatura, no es tanto en la calidad y variedad de su creación como en el hecho aparentemente paradójico y esencialmente trágico de que esa alta y variada creación tiene mucho de *vox clamantis in deserto.* Estadística e históricamente hablando, poseemos una cantidad considerable de escritores, pero en cambio carecemos de una proporción de lectores capaz de dar un sentido cultural más positivo a nuestra producción literaria. Es fácil engañarse pensando en las grandes tiradas de nuestros escritores más célebres, y en el brillo cultural de las metrópolis latinoamericanas; incluso es frecuente que muchos de nuestros novelistas y cuentistas se declaren satisfechos de la amplia difusión de sus obras en el continente. Pensar así es ignorar —o pretender ignorar— la realidad pavorosa de ese continente en el que millones de seres humanos viven sumidos en un analfabetismo total o en grados tan inferiores de educación y de recursos económicos que la idea de leer libros, y por supuesto la de comprarlos, no entra en sus conciencias demasiado abrumadas por el medio en el que tienen que subsistir. Lo repito: es posible que en países como éste o los de Europa haya mucha gente a quien no le interesa la literatura por diversos motivos, pero resulta obvio que la barrera está lejos de ser infranqueable y que sólo depende de circunstancias que pueden cambiar fácilmente. En cambio las enormes zonas rurales latinoamericanas (y dejo de lado, por razones lingüisticas las vastas regiones de predominio indígena como la amazónica o los altiplanos andinos) están distanciadas de nuestra literatura por un abismo que si en la superficie es cultural, en su esencia es de carácter geopolítico y plantea problemas que ya no pueden ser ignorados por nadie en América Latina, y muy especialmente por los escritores.

Se comprenderá mejor ahora por qué dije hace un momento que la literatura que merece ese nombre en nuestros países no sólo es un producto estético o lúdico sino una responsabilidad. No cabe duda de que el hecho de escribir obras literarias sigue siendo el resultado de una vocación que se manifiesta como interpretación de la experiencia de la vida o como invención de nuevas visiones o combinaciones de esa experiencia; escribir, cuando su producto merece llamarse literatura, será siempre un trabajo eminentemente individual y muchas veces solitario y hasta egoísta en su implacable y empecinada búsqueda de la más alta expresión de todas las posibilidades de la escritura. Pero a esa vocación y a esa dedicación que son las propias de toda gran literatura en cualquier momento de la historia y de la pertenencia geográfica y cultural, se suma hoy una conciencia nueva de responsabilidad que por lo menos en América Latina está mostrando su

fuerza, sus posibilidades y en último término sus resultados en el plano geopolítico.

Esa conciencia cada día más perceptible y que se acentúa en la nueva generación de escritores, me parece la razón principal de que nuestras literaturas estén mostrando un dinamismo y una capacidad de creación que no solamente las vuelven operantes y eficaces entre nosotros, y eso en muchos planos que rebasan el meramente literario, sino que explican el prestigio que han alcanzado en el extranjero a lo largo de estos últimos quince años. En tal sentido esa responsabilidad, que entraña siempre alguna forma de participación en los procesos históricos latinoamericanos, ya sea desde dentro o desde fuera de la actividad literaria, y casi siempre desde ambos lados a la vez, es un hecho que nos une cada vez más a pesar de las enormes diferencias y distancias de todo tipo que nos separan. Es fácilmente verificable que tanto los escritores de países donde no existen trabas a su expresión intelectual, como aquellos pertenecientes a países sometidos a regímenes opresores que los condenan al silencio o al exilio, coinciden hoy en día en un mismo sentimiento de responsabilidad frente a su tarea específica. Tanto los unos como los otros, los libres como los oprimidos, se sienten incluidos en procesos históricos en los que la condición de escritor y de lector ya no están separadas como las del autor y el espectador en el teatro, sino que tienden a una osmosis, a una interrelación cada vez más grandes. Libre o presionado, el escritor siente que su responsabilidad le asigna más y más una función precisa en su sociedad, ya sea para apoyar sus valores positivos o atacar todo aquello que considera negativo. Cada día hay menos libros que podríamos llamar gratuitos en América Latina, cada día nos abrimos más a lo que nos rodea. Me ocurre recibir una gran cantidad de publicaciones y manuscritos de nuestros escritores, sobre todo de los jóvenes, y a lo largo de estos años he podido comprobar cómo ese grado de responsabilidad se acentúa en la gran mayoría de ellos, cómo su trabajo muestra un contacto creador con todas las pulsiones, las fuerzas y las raíces que deberían permitirnos alcanzar un día nuestra plena identidad de latinoamericanos.

El éxito extraordinario de lo que podría llamarse "literatura de testimonio", la alianza de la indagación sociológica con una ficción que la exalta y la lleva con más fuerza al espíritu del lector, es una de las muchas pruebas de que nuestras literaturas se abren cada día más a todo lo que las rodea, las angustia, las acompaña o las enfrenta, y que las actitudes prescindentes, aunque hayan podido dar y sigan dando productos muy válidos en un plano cultural, se ven más y más rebasadas por una intención de análisis, de toma de contacto, que sigue siendo literatura en la mejor acepción del término pero que a la vez entra a formar parte de las vivencias históricas y sociales de cada uno de nuestros pueblos.

Esto no quiere decir de ninguna manera que ese sentimiento de responsabilidad se exprese a través de temáticas determinadas o de obediencias pasivas de cualquier naturaleza, sean ideológicas o estéticas. Lo que se nota claramente es la creciente renuncia a modelos foráneos, a "ismos" pasajeros, que sólo se manifiestan esporádicamente en la producción más mediocre; la verdadera responsabilidad se siente en ese deseo de *escribir nuestro* sin caer obligadamente en folklorismos o indigenismos o populismos no siempre de buena ley; se la siente en la búsqueda de una escritura que nos exprese mejor, de una temática que nos confronte con lo más hondo de nuestra conciencia y aún de nuestro inconciente. Es obvio que la mayoría de los nuevos escritores latinoamericanos se dan cuenta de que su literatura entra en un ciclo vital e histórico que va mucho más allá de las funciones harto restringidas que la tradición clásica o académica acordaba a la literatura. Saben que sus libros forman parte de las vivencias totales de sus lectores, es decir de latinoamericanos inmersos en procesos políticos y económicos, en luchas de liberación o consolidación, en etapas de concientización en diferentes planos. Y aunque esa clara noción del lector que se advierte hoy en nuestros escritores no tiene por qué incidir en sus libros como contenido literario, es evidente que muchos autores son por así decirlo sus propios lectores, sienten esa necesidad colectiva, continental, de ir hacia una mayor autenticidad, hacia una mayor capacidad para rebelarse ante las opresiones y las injusticias.

Para no citar más que uno de los aspectos de esta nueva manera de sentir y orientar la literatura, es evidente que la poesía ha cambiado profundamente en estos años en los países latinoamericanos. Dejo de lado la poesía de protesta y de combate, casi siempre alineada políticamente y reflejando consignas y criterios precisos, para referirme en cambio a esa poesía individual, casi siempre lírica o elegiaca que se sigue cultivando profusamente en nuestros países. Pues bien, esa poesía ha cambiado, es fácilmente perceptible que los poetas se proyectan cada vez más hacia sus semejantes, hacia lo que los rodea, que se interesan menos por su ego o sus dramas individuales o que en todo caso los vinculan a contextos mayores que muchas veces desembocan en un panorama de visión total sobre lo que los rodea, la ciudad y sus habitantes y sus problemas y sus goces y sus diferentes realidades e irrealidades. Esta poesía, casi siempre de autores jóvenes, muestra que en América Latina se está rompiendo la sempiterna noción del poeta como vigía solitario, víctima indefensa de la sociedad; estos poetas pueden ser solitarios y sentirse víctimas, pero su poesía es mucho más una denuncia que una deploración. El gran ejemplo de la poesía volcada a lo social que es la obra de un Vallejo o un Neruda no ha caído en el desierto, a pesar de las reacciones inevitables que produjo durante muchos años; a su manera, que por suerte tiene formas y temáticas propias, una gran cantidad de poetas chilenos, cubanos, argentinos, mexicanos o nicaragüenses —la

lista es muy larga, por supuesto— acepta el reto histórico aunque no hable de la historia en sus versos, hace frente a la injusticia, al imperialismo y a la opresión aunque esas palabras no figuren obligadamente en sus poemas.

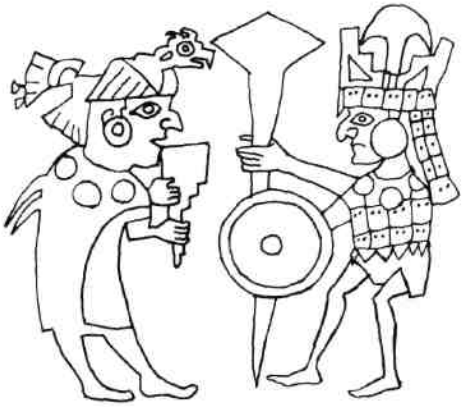
Lo que advierto en la poesía, que es siempre como una avanzada humana en el tiempo, lo advierto igualmente en la novela, en el cuento y en el teatro. Si ser responsable en literatura es dar el máximo de sí mismo en la creación y la invención, nuestra mejor literatura actual revela además la presencia inconfundible de la responsabilidad personal, el hecho de que cualquier escritor sabe hoy más que nunca que además de ser escritor es un argentino o un panameño o un boliviano. Lo digo exprofeso porque sé que la expresión "escritor comprometido" se ha prestado y se sigue prestando a los peores malentendidos. En el campo meramente político es frecuente que los militantes piensen que los escritores deben dedicarse exclusivamente a la causa de esa militancia, puesto que hay algunos que así lo hacen. La mejor respuesta que está dando a ese punto de vista la mayoría de los escritores que hoy me parecen significativos consiste en el fondo en algo muy simple, es decir que por una parte escriben lo que su invención, su fantasía y su libertad creadora los mueve a escribir con la más entera independencia temática, y por otra parte muestran paralelamente su plena responsabilidad histórica, su solidaridad con las luchas legítimas de sus pueblos, definiéndose sin ambigüedad frente a los poderes opresores o las políticas reaccionarias, y defendiendo de múltiples maneras la causa de los derechos humanos, de la soberanía nacional y de la dignidad de los pueblos. Casi siempre lo hacen a través de la escritura, bajo forma de artículos periodísticos o ensayos sobre temas políticos o sociales, pero también ocurre que lo hacen de otras maneras, colaborando en asociaciones o tribunales que investigan y denuncian los abusos de los regímenes dictatoriales en muchos de nuestros países. Y es un hecho evidente entre nosotros que cuando un escritor muestra a través de su actitud personal que no está separado del contexto histórico en que se mueve su pueblo, sus lectores lo leen con una máxima confianza y no le exigen de ninguna manera una sumisión literaria a su compromiso, no esperan obligadamente de él que hable explícitamente por ellos y de ellos. En América Latina el mismo lector que se emociona al encontrar en un cuento o una novela la descripción o la denuncia de cosas que él está viviendo y sufriendo cotidianamente, gozará también con la lectura de otros textos que lo arranquen de su contorno inmediato para hacerle cumplir un vertiginoso viaje imaginario; pero este goce estará basado en un sentimiento de confianza del lector hacia el escritor, puesto que lo sabe responsable, puesto que está seguro de que no pretende adormecerlo o alejarlo de una realidad que los dos comparten y en la cual cada uno lucha a su manera. Así, cuando un lector que me conoce lee mis cuentos fantásticos, sabe que no estoy tratando de arrancarlo de la historia y anestesiarlo con una literatura de evasión y de renuncia; si me sigue en mis caminos más irreales y más experimentales,

es porque sabe que jamás he tratado de engañarlo, de alejarlo de su propia responsabilidad histórica. Mi más alta y más bella recompensa como escritor la he recibido al enterarme más de una vez que antes o después de la batalla o en el interminable horror de las cárceles ha habido lectores que encontraban estímulo o alivio en algunos de mis libros. Cada vez que me lo han dicho, en la Argentina, en Venezuela, en Nicaragua, he sentido que esos lectores tenían confianza en ese hombre que los llevaba hacia lo fantástico o lo lúdico, que los arrancaba por un momento a su dura condición para acompañarlos por otros caminos, para invitarlos a trascender la realidad inmediata sin jamás traicionarla.

Pero, desde luego, esta bella complicidad,este contacto cada vez más hondo entre nuestros escritores y sus lectores está pagando un precio muy alto y muy penoso en América Latina. Tocamos aquí el punto más grave que se deriva de la creciente responsabilidad que muestran los escritores en su actitud personal y en su trabajo creativo. En un país sometido a un régimen despótico en cualquiera de sus formas militares o civiles, autóctonas o dependientes (y esos países son muchos en América Latina, ustedes lo saben), esa conducta y esa responsabilidad de los intelectuales desencadena inevitablemente la censura, las trabas a las manifestaciones intelectuales de cualquier naturaleza, y en muchos casos acarrea la privación de la libertad, la desaparición o la muerte. Si la desconfianza y el antagonismo de los regímenes despóticos frente a los intelectuales son viejos como la historia, la multiplicación de los medios de comunicación y difusión de las ideas en nuestra época ha multiplicado también la intensidad de esa desconfianza y de ese antagonismo. En muchos de nuestros países el poder no retrocede ante nada cuando se trata de hacer callar una voz que lo denuncia, porque esa voz llega muy lejos cada vez que se levanta. Y es así que en un país como el mío, grandes escritores han pagado hace muy poco tiempo el más horrible precio por decir la verdad: hablo de Rodolfo Walsh, de Haroldo Con ti, de Francisco Urondo, de Miguel Ángel Bustos. En un plano relativamente menos trágico, la consecuencia usual de esta represión implacable a toda libertad intelectual es el exilio. No se puede hablar hoy de literatura latinoamericana sin referirse de inmediato a él, puesto que es el destino de una elevadísima cantidad de intelectuales, entre los que se incluyen no sólo los escritores literarios sino los científicos y los artistas. Todos los países del llamado Cono Sur se han convertido en páramos culturales, en la medida en que un alto porcentaje de creadores ha sido expulsado de ellos, y los que siguen trabajando allí lo hacen en condiciones que impiden la difusión de su pensamiento auténtico; hay que callar lo que no puede decirse, a lo sumo se puede tratar de insinuarlo con los riesgos consiguientes.

Por eso, cualquier acercamiento a nuestras literaturas actuales tiene que tener en cuenta un hecho especialmente trágico del que no siempre se habla lo bastante, y es que los lectores de naciones enteras, como es el caso

de los uruguayos o los chilenos entre otros, se ven privados de las obras que sus compatriotas más queridos y más respetados están escribiendo y publicando en el exilio, y de las que sólo algunas llegan a entrar por vías clandestinas o porque las autoridades deciden exceptuarlas para hacer ostentación de libertad. Al hecho de que en América Latina, como lo señalé al principio, enormes masas humanas están totalmente separadas de nuestra literatura, viene a sumarse ahora el que los grupos más capacitados de lectores se ven privados en muchos países de recibir los productos culturales que necesitan. Y así, junto con el exilio clásico, hay otro exilio que me parece infinitamente peor, el exilio interior, el de todo un pueblo que no tiene acceso a la obra de muchos de sus compatriotas. Sólo los que hayan vivido esa situación pueden comprender el desgarramiento y la frustración que significa entrar en una librería de cualquiera de esos países sometidos a dictadura y a censura, y comprobar la falta de aquellas ediciones de las que se ha enterado por comentarios o noticias periodísticas. Si toda carencia tiene algo de infernal, la literatura ha encontrado su infierno en Paraguay, Chile o Uruguay.

Me he referido a algunas de las características y de las condiciones en que se mueve actualmente la literatura latinoamericana, sin detenerme en la producción literaria en sí misma, sobre la cual la bibliografía y la crítica proporcionan todos los detalles deseables. Mi intención ha sido la de indicar algunos elementos subyacentes que los estudios estrictamente literarios no siempre tienen suficientemente en cuenta, pero que son fundamentales en el panorama latinoamericano de nuestros días. Los libros que ustedes leen, las novelas y los cuentos escritos en tantos de nuestros países, son hoy algo más que una serie de productos culturales y estéticos, algo más que una lista de autores y de títulos y de cualidades o defectos. La actual creación literaria representa para nosotros una de las formas en que se expresa cada vez más intensamente el despertar a una realidad largo tiempo escamoteada y falseada, incluso por la misma literatura en esos periodos en que tendía a dar la espalda a nuestras realidades más hondas y seguir las corrientes y los modelos de ultramar.Este despertar se ha manifestado a lo largo de las últimas décadas a través de convulsiones, triunfos y fracasos de pueblos enteros, y es en esas décadas cuando nuestros escritores han asumido su verdadera condición de latinoamericanos y buscado las formas más auténticas para expresar esa condición, los caminos más ricos y a veces más arduos para explorar y mostrar nuestra realidad. Todo el mundo conoce las figuras de proa, se llamen Miguel Ángel Asturias, Octavio Paz, Gabriel García Márquez, José Lezama Lima o tantos otros que han fascinado y fascinan a los lectores del mundo entero; pero en esta América Latina que diariamente combate por conquistar su libertad final o por mantenerla cuando ya la ha conquistado, la literatura no es todavía uno de los placeres del descanso y

del sillon junto a la ventana como en los países plenamente estabilizados en su desarrollo y su cultura, sino un interrogarse cotidiano sobre los pros y los contras, un medio de comunicación por la belleza y la ficción que no se queda solamente en ellas, un código de mensajes que la conciencia y el inconciente de los pueblos descifran como consignas de realidad, como nuevas aperturas hacia la luz en medio de tantas tinieblas. En América Latina la literatura actual, más que el reflejo estético de la vida como en su acepción tradicional, es una forma de la vida misma.